

La tristeza anuncia y precede a la desesperación: cuando llega es necesaria la gracia para que las personas encontremos de nuevo el gusto de vivir, de amar y de esperar.

El pecado contra la esperanza - el más mortal de todos – es tal vez el que es mejor acogido, el más acariciado. Es necesario mucho tiempo para reconocerlo, ¡y la tristeza que lo anuncia y lo precede es tan dulce! Es el más rico de los entre los elixir del demonio, su ambrosía.

El protagonista párroco de Ambricourt, de la famosa novela de Georges Bernanos (1936) «Diario de un cura de aldea» - que llevó a la pantalla estupendamente Robert Bresson (1950) -, es quien nos pone en guardia contra uno los males más sutiles del alma, la tristeza que conduce a la desesperación. Ciertamente alrededor de este síndrome del espíritu se han volcado poetas, escritores y psicólogos, frecuentemente con resultados engañosos: es fácil, en efecto, transfigurarla en materia literaria, pero quien está implicado en ella sabe cómo es áspera y agria, cómo contamina la vida y acaba con la fe.

Es por ello que esta enfermedad del alma es definida por el escritor francés como “elixir del demonio”. Y es así porque ella paradójicamente es capaz de crear adicción e incluso un perverso masoquismo. Nos acomodamos a ella casi como si fuese una droga, es detestada y amada. Nos ha sucedido a todos el haber encontrado personas que, aún sufriendo, no quieren ser ayudadas para salir de ella, como si estuviesen envueltas por espirales que sofocan pero que no se rechazan. Se desarrolla entonces una desolación, una tristeza que adormece el alma hasta hacerla inerte, y es aquí donde se hace presente Satanás, principio del caos, de la nada, del vacío y de la negación. Llegados a este punto, como recuerda Bernanos, es necesario que irrumpa la gracia divina y que se enganche en el último anhelo de la voluntad humana para que vuelva a encontrar el gusto de vivir, de amar y de esperar.

Gianfranco Ravasi, Avvenire, 12 julio 2003

www.parroquiasantamonica.com